

no buscaban, como él, más que una ocasión propicia de interrumpir, por una buena disputa, la monotonía de su noche de Carnaval.

Por lo demás, era fácil de asignar una profesión á cada uno de esos hombres.

El que Juan Taureau había llamado Zancadilla, era indudablemente, no un trapero propiamente dicho, como hubiera podido hacerlo creer la linterna colocada en la mesa, y el instrumento que le había valido el característico nombre de Zancadilla, sino un individuo que pertenecía á una variedad de la especie y que se llamaban *escarbadores*, del nombre de su industria, que consistía, no en rebuscar en los montones de basura, sino en escarbar con la punta de su gancho el hueco del empedrado del arroyo.

Para esta clase de industriales, suprimida hacia ó diez años por los bandos de policía, el arroyo se transformaba algunas veces en Pactolo, y más de uno encontró allí sortijas, pendientes y piedras preciosas, ya perdidas, ya arrojadas por las ventanas al sacudir una estera ó una alfombra.

El segundo bebedor, que Juan Taureau no había nombrado, y que nosotros, obligados á reparar este olvido, designaremos con su nombre de guerra, se llamaba Saco de Yeso, apodo que hubiera bastado á revelar su estado, aun cuando las manchas de cal y el polvo blanquizo de que estaban cubiertos su traje y sus manos, no le hubiesen dado á conocer por un albañil á sus amigos y enemigos.

Entre los primeros y mejores estaba Juan Taureau; la causa de su amistad no deja de ser curiosa, y pintará la fuerza hercúlea del hombre que acabamos de poner en escena, y que está destinado á representar, si no un papel

de los primeros no el menos importante, como lo probará la continuación de esta historia.

Ardía una casa de la Cité: la escalera invadida por las llamas se había desplomado; un hombre, una mujer y un niño gritaban; socorro! desde una ventana del segundo piso.

El hombre, que era albañil, sólo pedía una escala ó una cuerda; con uno de estos objetos salvaba á su mujer y á su hijo.

Pero los espectadores estaban aturridos, suministraban ó escalas demasiado cortas, ó cuerdas que no podían resistir al peso de tres personas.

El fuego avanzaba, el humo salía á bocanadas por las ventanas, precediendo á la llama, cuyo resplandor se distinguía ya.

En aquel momento pasaba Juan Taureau.

— ¿Qué es eso? gritó, ¿no hay aquí cuerdas ni escalas? ¿No veís que esas gentes van á achicharrarse?

Y en efecto, el peligro era inminente.

Juan Taureau tendió una mirada en torno suyo, y viendo que no le traían ninguno de los objetos que había pedido:

— Vamos, dijo extendiendo los brazos, echa el niño, Saco de Yeso.

El albañil, interpelado con este nombre, no se incomodó por tan poca cosa; tomó al niño, le abrazó, y se lo echó á Juan Taureau.

La multitud dió un grito de espanto.

Juan Taureau recibió al niño en sus brazos, y le pasó inmediatamente á los que estaban detrás de él.

— Ahora, dijo, ¡echa á tu mujer!

El albañil cogió á la mujer en sus brazos, y á pesar de los gritos de ésta, la hizo tomar el mismo camino que acababa de seguir su hijo.

Juan Taureau recibió á la mujer en sus brazos; pero retrocedió un paso.

— ¡Perfectamente! exclamó, dejando á sus pies á la mujer medio desmayada, en tanto que los espectadores prorumpían en bravos y aclamaciones.

— ¡Ahora, gritó nuestro hombre afirmándose sobre sus piernas, con toda la fuerza de sus robustos riñones, ahora te toca á ti!

De las dos mil personas que asistían á este espectáculo, ni á una sola se la oyó respirar durante los cinco segundos que siguieron á estas palabras.

El albañil subió á la ventana, hizo la señal de la cruz, y cerrando los ojos, saltó murmurando:

— ¡Válgame Dios!

Esta vez el choque fué terrible: Juan Taureau se doblegó, retrocedió tres pasos, pero no cayó á tierra.

La multitud lanzó un grito inmenso.

Todo el mundo se precipitó hacia el hombre que acababa de dar una prueba tan asombrosa de su fuerza; pero antes de que llegara á él, Juan Taureau había extendido sus brazos, y cayó de espaldas desvanecido y vomitando sangre.

Ni el niño, ni la mujer, ni el hombre, tenían un rasguño siquiera.

Juan Taureau tenía rota una vena del pulmón.

Se le trasladó al hospital, de donde salió al día siguiente.

El tercer compañero, tiznado de negro, y que pertenecía visiblemente á la estimable clase de los carboneros, se llamaba Toussaint. Juan Taureau, que en sus relaciones con los arquitectos les había oído hablar de un negro de genio que estuvo á punto de hacer una revolución en Santo Domingo, y que por otra parte no carecía de cierto talento

natural, había apellidado al carbonero *Toussaint-Louverture*.

El cuarto era hombre de unos cincuenta años, de mirada viva, de gestos rápidos, y que exhalaba un fuerte olor de valeriana; iba vestido con una chaqueta de pana y con un pantalón, un chaleco y una gorra de piel de gato; respondía entre las personas de confianza al nombre de tío *Guisote*.

Éste era el que proveía á las tabernas de los gatos, que con tanta razón temía Juan Robert que se le sirviesen en lugar de liebres, y el olor de valeriana que exhalaba era el auxiliar que utilizaba para atraer á aquellos desgraciados animales.

La industria era productiva, pero peligrosa; y nosotros recordamos haber leído el relato de un proceso seguido contra un cofrade del tío *Guisote*, el cual fué condenado á un año de prisión y 500 francos de multa, á pesar de una elocuente defensa, en la que examinando la cuestión gastronómica á la manera de *Careme* y *Brillat-Savarin*, trató de demostrar á los jueces la incontestable superioridad de la carne de gato sobre la de la liebre.

El quinto acólito que mencionamos al fin en virtud de este axioma evangélico *Los primeros serán los últimos*, el quinto era el mismo Juan Taureau, del cual, después de lo que acabamos de contar de su fuerza muscular, nada más diríamos, si no tuviéramos que preparar por un retrato físico tan exacto como sea posible, el desarrollo moral de uno de los caracteres más singulares que hemos conocido.

Juan Taureau era un hombre de cinco pies y seis pulgadas, recto y macizo como los maderos de roble que cuadraba en su calidad de carpintero; especie de *Hércules Farnesio* esculpido de un pedazo de mármol, y que, según

podría juzgarse á primera vista, en vez de necesitar de los cuatro aliados que venían á su socorro, bastaba él solo para aplastar uno después de otro á sus tres enemigos, nada más que tocándolos con el dedo.

Pasando ahora de la descripción del cuerpo á la de la fisonomía y el traje, diremos que el rostro del carpintero, adornado de patillas negras y espesas que formaban un collar bajo su barba, era el de un hombre de treinta á cuarenta años; sus cabellos eran cortos y espesos; su robusto cuello justificaba el nombre ambicioso que nuestro hombre se había dado á sí mismo ó había aceptado de sus camaradas, y completaba el conjunto de este tipo de la fuerza inteligente y brutal.

Añadamos un detalle olvidado: Juan Taureau llevaba chaqueta, pantalón y gorra de pana verdosa.

Del bolsillo de su chaqueta salía el ángulo de un cartabón de madera, y del de su pantalón la cabeza de un largo compás.

Tales eran los cinco antagonistas con quienes iban á trabar combate los tres jóvenes, á menos que no retrocediesen, aunque acaso este no fuese ya un medio infalible de evitar la disputa.

Tales eran, repetimos, los cinco adversarios con quienes tenían que habérselas Ludovico el médico, Petrus el pintor, y Juan Robert el poeta.

CAPÍTULO VI.

LA BATALLA.

Dijimos al principio del capítulo precedente la posición estratégica en que se encontraban respecto á sus enemigos los tres héroes de nuestra historia, á quienes hemos conducido á la calle de San Apolinar, á la entrada del mercado, siguiéndoles á través de su imprudente Odisea hasta el cuarto piso de la tasca.

Petrus, apoyado contra la ventana abierta, permanecía de pie, de brazos cruzados, y mirando á los cinco hombres del pueblo con aire de desafío.

Ludovico examinaba á Juan Taureau con una curiosidad que disminuía para él la gravedad de la situación; y como hombre de ciencia se decía á sí mismo que daría de buen grado cien francos por poder disecar un cuerpo como aquél.

Quizá reflexionando algo más hubiera dado doscientos por que este cuerpo fuese el del mismo Juan Taureau; pues á juzgar por las apariencias habría ganado más en tener á semejante atleta muerto y tendido sobre una mesa, que no verle delante de él lleno de vida, erguido y amenazante.

Juan Robert, según hemos dicho, se había adelantado, ya para tratar de arreglar la cuestión, ya para recibir ó dar en caso contrario los primeros golpes.

Por lo demás, Juan Robert, que aunque joven había leído muchos libros, y particularmente la teoría del maris-

cal de Sajonia sobre las influencias morales, Juan Robert no ignoraba, en toda circunstancia en que deba ser aplicado el empleo de la fuerza, la gran ventaja que hay en dar el primer golpe.

Una sabia práctica del arte de reñir á puñadas que enseñaba un profesor entonces desconocido, pero cuyo nombre debía adquirir más tarde una gran celebridad, tranquilizaba por otra parte á Juan Robert, dotado personalmente de una fuerza física que habria podido hacer la lucha dudosa, si hubiera estado colocado frente á un hombre menos temible que Juan Taureau.

Así, pues, se hallaba resuelto á emplear los medios de conciliación posibles, hasta el momento en que se juzgara cobardía no aceptar el combate.

Así es que fué el primero que recobró el uso de la palabra, paralizada en los labios de todos durante el movimiento agresivo operado por los cuatro hombres que venían en auxilio de Juan Taureau.

— Veamos, dijo, de entendernos antes de batirnos. ¿ Qué desean estos señores ?

— Nos llamáis señores con intención de insultarnos, dijo el trapero ; nosotros no somos señores, ¿ lo entendéis ?

— Tenéis razón, exclamó Petrus ; vosotros no sois señores, sino pícaros.

— ¡ Nos ha llamado pícaros ! aulló el cazador de gatos.

— ¡ Ah ! ya les diremos cuántas son cinco, gritó el albañil.

— Dejadme pasar, dijo el carbonero.

— Silencio todos, y estaos quietos ; esto me toca á mí.

— ¿ Y por qué no hemos de escarmentar á esos mequetrefes ?

— Porque no es regular que se batan cinco contra tres,

sobre todo cuando basta uno solo. Á tu sitio, Guisote ; á tu sitio, Zancadilla.

Los dos hombres interpelados obedecieron, y el cazador de gatos y el trapero volvieron á sentarse gruñendo.

— Está bien, dijo Juan Taureau. Y ahora volvamos á entonar nuestra canción sobre el mismo aire y á la misma copla. ¿ Queréis cerrar la ventana si no tenéis inconveniente ?

— No, respondieron juntos los tres jóvenes, que no habian podido tomar por lo serio, atendida la entonación de la voz, la fórmula política en que se hizo la invitación.

— Pero, dijo Juan Taureau levantando sus dos brazos encima de su cabeza y extendiéndolos tanto cuanto el techo lo permitió, ¿ queréis dejaros pulverizar ?

— Procuradlo, dijo friamente Juan Robert adelantándose un paso más hacia el carpintero.

Petrus dió un salto y vino á colocarse frente al Hércules, como para formar á Robert una muralla con su cuerpo.

— Encárgate de los otros dos con Ludovico, dijo Juan Robert separando á Petrus con la mano, yo me encargo de éste.

Y tocó con la punta de su dedo el pecho del carpintero.

— ¿ Creo que es de mí de quien habláis, príncipe mio ? exclamó el coloso.

— De ti mismo.

— ¿ Y qué es lo que me vale el honor de ser escogido por vos ?

— Podría contestarte que es, porque siendo tú el más insolente, mereces la lección más severa ; pero no es esta razón.

— Espero la razón.

— Pues bien : la razón es, que los dos tenemos el mismo

nombre; tú te llamas Juan Taureau, y yo me llamo Juan Robert.

— Yo me llamo Juan Taureau; es cierto, dijo el carpintero; pero tú mientes cuando dices que te llamas Juan Robert; tú te llamas Juan F.....

El joven vestido de negro no le dejó acabar; uno de sus dos puños puestos en cruz sobre su pecho, se destacó como un resorte de acero, y fué á herir al coloso en la sien.

Juan Taureau, que había permanecido inmóvil al recibir en sus brazos una mujer lanzada de un segundo piso; Juan Taureau retrocedió tres ó cuatro pasos, y fué á caer de espaldas sobre una mesa, dos de cuyos pies se rompieron bajo su peso.

Una evolución parecida tenía lugar en el mismo momento entre los otros cuatro combatientes. Petrus echaba la zancadilla al albañil y le enviaba á rodar cerca de Juan Taureau; en tanto que Ludovico en su cualidad de anatomista, lanzaba al carbonero en la región del hígado, entre la séptima costilla y el fémur, un puñetazo cuyo efecto fué tal, que pudo verse palidecer su semblante bajo la capa de carbón que le cubría.

Juan Taureau y el albañil se levantaron.

Toussaint, que había quedado de pie, fué á sentarse sin aliento y con las dos manos apoyadas en las caderas en un taburete arrimado á la pared.

Pero como puede comprenderse, esto no era más que un primer ataque; era la especie de escaramuza que precede al combate; y los jóvenes así la entendían al prepararse cada cual para un nuevo asalto.

Por lo demás, la sorpresa había sido tan grande para los espectadores como para los actores.

Al ver que sus dos camaradas Juan Taureau y el albañil

caían de espaldas; al ver que Toussaint Louverture iba á sentarse medio derrotado; el traperero y el matador de gatos se levantaron á un tiempo, sin cuidarse de la prohibición del carpintero, y vinieron, el uno con su gancho, el otro con una botella en la mano, á tomar parte en la fiesta.

El albañil, que había sido víctima de una sorpresa, se levantó con más vergüenza que dolor.

En cuanto al carpintero, le había parecido que la extremidad de una viga lanzada por alguna catapulta había venido á herirle en la cabeza.

El bamboleo de su cabeza se comunicó en un instante á todo su cuerpo; permaneció durante dos ó tres segundos atontado, con una nube de sangre en los ojos y un zumbido sordo en los oídos.

Y cuenta que la nube de sangre no es una figura retórica, el puñetazo de Juan Robert había dado en la frente al llegar á la sien, y la sortija que el joven llevaba había abierto encima de la ceja del carpintero un surco sangriento.

— ¡ Ah! ; mil truenos! exclamó éste, encaminándose hacia su antagonista con mal seguro paso; esto es lo que tiene cogerle á uno desprevenido; ; un niño podría venceros!

— Esta vez ten mucho cuidado, Juan Taureau, y afirmate bien, porque mi intención es enviarte á romper los otros dos pies de la mesa.

Juan Taureau se adelantó con el puño levantado, entregándose de nuevo á su adversario, como lo hace casi siempre á la destreza la fuerza confiada y sin experiencia; toda la teoría del arte de *boxar* está basada en esta virtud. Un puñetazo tarda menos tiempo en recorrer una línea recta que en descubrir una parábola.

Sin embargo esta vez Juan Rohert había confiado á sus manos, no el ataque, sino la defensa; su brazo derecho no se sirvió más que para amortiguar el golpe terrible con que le amagaba Juan Taureau: así que, en el momento en que el puño del carpintero caía sobre él, Juan Robert dió rápidamente una vuelta, y gracias á su elevada estatura, asentaba en medio del pecho de su adversario uno de esos tremendos puntapiés que sólo podía haberle enseñado á dar Lecour, maestro del arte en esta época.

Juan Robert no había mentido en la predicción que hiciera al carpintero; éste retrocedió paso á paso, y fué á caer de nuevo sobre la mesa.

No exhaló un grito, ni pronunció una palabra; el golpe que acababa de recibir había extinguido su voz completamente.

En cuanto á los otros tres, hé aquí lo que sucedió:

Petrus, con su agilidad habitual, había hecho frente á dos adversarios; al trapero que se adelantaba hacia él con su gancho en la mano, le arrojó un taburete á la cara, y en tanto que el hombre se desembarazaba del mueble, de una cabezada en el vientre del albañil, á fuer de buen bretón, le había hecho dar una vuelta completa.

Ludovico tuvo pues por único enemigo al cazador de gatos, adversario poco temible, con quien, en su ignorancia del arte en que sus dos compañeros eran maestros consumados, la emprendió á brazo partido, viniendo los dos á rodar sobre el pavimento.

Sólo que para el pobre Guizote fueron todas las desventajas de la lucha, quedando por consecuencia debajo.

Pero en vez de aprovecharse de estas ventajas, Ludovico, conteniendo á su adversario con la rodilla, se había preguntado de dónde procedía el olor de valeriana que exhalaba toda su persona.

Reflexionaba en este problema, para él de difícil solución, cuando el trapero y el albañil, viendo vencido al carpintero por segunda vez, á Toussaint apenas repuesto del puñetazo, y al cazador de gatos bajo la rodilla de Ludovico, se pusieron á gritar:

— ¡ A los cuchillos, á los cuchillos!

En este momento entró el mozo con las ostras.

De una ojeada apreció la situación, dejó los mariscos en la mesa, y bajó precipitadamente la escalera, sin duda para contar á su amo lo que pasaba.

Pero su aparición para los actores de esta escena no fué más que un detalle.

Tenían demasiado que hacer para ocuparse de su aparición y desaparición tan rápida, que si no hubiera sido por las ostras que atestiguaban la presencia de un mozo, se habría podido creer que era una visión ó un sueño.

Pero lo que no era un sueño era lo que pasaba en el cuarto y en el tercer piso.

Al ruido de la doble caída del carpintero, al crujido de la mesa rota, á los gritos de « ¡ á los cuchillo! ¡ á los cuchillos! » los borrachos dormidos en la sala del tercer piso se habían despertado sobresaltados; los menos embriagados se pusieron á escuchar; uno de ellos abrió la puerta, y los que veían aún, observaron que el mozo bajaba asustado por la escalera.

Entonces, como hombres de experiencia en estos casos, se apercibieron de lo que pasaba; de repente los tres jóvenes sintieron un ruido de pasos precipitados por la escalera, y vociferaciones parecidas á los rugidos de la mar durante la tempestad.

Era la espuma del mercado que subía y se desbordaba, y pronto aglomerándose en la puerta, se vio brotar la

29978

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdad. 1625 MONTERREY, MEXICO

sala por personajes extraños, avinados, furiosos sobre todo por haber sido turbados en medio de su sueño.

— ¿Quién se degüella aquí? gritaron veinte voces roncacas y disonantes.

Al aspecto de esta multitud, ó más bien de este motín, Juan Robert, el más impresionable de los tres jóvenes, sintió á pesar suyo circular por sus venas esta sensación de frío glacial que experimenta todo ser, por fuerte que sea, al contacto de un reptil; así, que, volviéndose hacia su amigo el pintor, no pudo menos de murmurar:

— ¡ Ah! Petrus, ¡ dónde nos has conducido!

Pero Petrus improvisaba un nuevo sistema de defensa.

Á los gritos de ¡ á los cuchillos, á los cuchillos! que repetían los cuatro furiosos, porque el carpintero y Tous-saint, que habían recobrado la voz, hacían parte de este concierto de amenazas, Petrus había contestado:

— ¡ Á las barricadas!

Al dar este grito, atrajo á Juan Robert tras él, y obligando á Ludovico á que se levantara, se refugió con sus dos amigos en un ángulo que les separaron en el mismo instante del resto de la sala por una muralla de mesas y de bancos.

Petrus había aprovechado además el instante de tregua, por corto que fuese, que le diera su victoria, para arrancar de la ventana la varilla que en otro tiempo sostuviera las cortinas, varilla que desde el principio del combate hacía el objeto de su ambición: Juan Robert se apoderó de su bastoncillo; Ludovico se contentó con la armas que la naturaleza le había dado.

En un momento los tres jóvenes se encontraron al abrigo de sus enemigos detrás de su fortaleza improvisada.

— Mirad, dijo Petrus á sus dos amigos, mostrándoles

en el rincón del bastión gran cantidad de botellas vacías, de fragmentos de platos, de conchas de ostras, de tenedores de hierro, de cuchillos sin mango, de mangas sin hojas, ¡ ya veís que no os faltarán las municiones!

— No, dijo, Juan Robert; pero vamos á ver cómo estamos de golpes y heridas. En cuanto á mí, yo he dado, pero no he recibido.

— Yo sano y salvo, dijo Petrus.

— ¿ Y tú, Ludovico?

— Yo, creo que he recibido un puñetazo entre la quijada y la clavícula; pero no es esto lo que me preocupa.

— ¿ Qué es pues lo que te preocupa? exclamó Juan Robert.

— Quisiera saber por qué mi último adversario trasciende de tal modo á valeriana.

En aquel momento los rugidos de la multitud habían venido á añadir una nueva preocupación á las preocupaciones ya algo graves de los tres jóvenes.

CAPÍTULO VII.

MR. SALVADOR.

La vista de la multitud había producido sobre los hombres del pueblo un efecto enteramente opuesto al que causara en los tres jóvenes.

El carpintero y sus compañeros veían que era un socorro que les llegaba.

Juan Robert y sus amigos comprendían que eran nuevos adversarios que venían contra ellos.

Naturalmente las simpatías van á los semejantes.

Así es que, dirigiendo miradas feroces á los tres jóvenes retirados en su fuerte, esta multitud rodeaba á Juan Taureau y sus compañeros, pidiéndoles la explicación de aquel ruido.

La explicación era difícil de dar. El carpintero había cometido una primera falta, la de exigir á los jóvenes que cerrasen la ventana.

Después cometiera otra segunda más grave que la primera, la de haber recibido de Juan Robert un puñetazo y un puntapié que le había destrozado la cara y el pecho.

Contó el caso á la multitud; pero de cualquier modo que lo refiriese, no podía salir de este doble círculo. ¡Yo he querido cerrar la ventana, y la ventana ha quedado abierta! ¡Yo he querido pegar y he sido pegado!

Así la multitud, llena de buen sentido en el fondo, á pesar de sus preocupaciones contra la clase á que pertenecían los tres jóvenes, comprendiendo, para servirnos de una expresión vulgar, pero que pinta perfectamente lo que quiere pintar, comprendiendo, decimos, que Juan Taureau era el *pavo de la farsa*, se puso á reír en sus barbas.

El carpintero no tenía necesidad de esta nueva excitación.

No estaba más que furioso; esta risa le volvió loco.

Buscó con la vista á los tres jóvenes, y los vió parapetados en un rincón, resistiendo ya los ataques de sus cuatro compañeros, tan exasperados como él.

— ¡Deteneos! les gritó, ¡deteneos! ¡dejadme pulverizar al enlutado!

Pero sus cuatro compañeros estaban sordos.

Verdad es que, en cambio no estaban mudos.

El trapero acababa de recibir debajo de un ojo un casco

de botella lanzado por Ludovico, cuyo casco le abrió la mejilla.

Juan Robert había abierto la cabeza á Toussaint con un taburete.

Por último, Petrus, á través de los intersticios de la barricada, había dado dos buenos golpes con su varilla en el pecho al cazador de gatos, y al albañil en el costado.

Los cuatro heridos aullaban desesperadamente.

— ¡Á muerte! ¡á muerte!

Y con efecto, aquella lucha se había convertido en un combate á muerte.

Exasperado por las risas de la multitud y por la vista de la sangre que corría por los vestidos de sus compañeros y los suyos, Juan Taureau había sacado de su bolsillo su compás de hierro, y con esta arma terrible en la mano se adelantaba sólo contra la barricada.

Petrus y Ludovico avanzaron simultáneamente, armados cada uno de una botella, y prontos á romper la cabeza al carpintero; pero Juan Robert, viendo que era el solo adversario temible que quedaba, y que era preciso vencerle de una vez, apartó á sus dos amigos, dió en la barricada un puntapié que abrió una brecha, saliendo por ella con su bastoncillo en la mano.

— ¿Con que no tenéis todavía bastante? preguntó á Juan Taureau,

La multitud soltó la carcajada y batió las palmas.

— No, dijo éste, y no tendré bastante hasta que haya enterrado seis pulgadas de mi compás en tu vientre.

— ¿Es decir, señor Juan Taureau, que como ya no sois el más fuerte, queréis ser el más traidor? ¿es decir, que no pudiendo vencerme queréis asesinarme?

— Lo que quiero es vengarme, ¡mil truenos! gritó el

carpintero, excitándose al ruido de sus propias palabras.

— ¡ Ten cuidado, Juan Taureau ! dijo el joven, porque por mi honor te juro que en tu vida nunca has corrido peligro igual como el á que te expones en este momento.

Después, dirigiéndose á la multitud :

— Vosotros sois hombres, dijo : haced entrar en razón á este hombre ; ya veis que estoy tranquilo y que él está furioso.

Cuatro ó cinco hombres salieron del círculo y se adelantaron entre el carpintero y Juan Robert.

Pero esta intervención, en vez de calmar á Juan Taureau, pareció redoblar su exasperación.

Rechazó los cinco hombres nada más que extendiendo los brazos.

— ¡ Ah ! dijo, ¿ conque nunca he corrido peligro igual al presente ? ¿ Y crees que podrás defenderte de mi compás con ese bastoncillo ? ¿ Dime !

Y blandía por encima de su cabeza el agudo instrumento, que al extenderse había tomado al menos diez y ocho pulgadas de longitud.

— Algo mejor de lo que piensas, Juan Taureau, dijo el joven ; mi bastoncillo no es un bastoncillo, es una víbora ; y si dudas de ello, mira, añadió sacando de la débil caña la espada á la cual servía de vaina, ¡ hé aquí su dardo !

Y una hoja triangular, fina, aguda, de doce á quince pulgadas de largo, brilló en el puño del joven, que se puso en guardia como para un duelo.

La multitud vociferó en su alegría, y se estremeció á la vez de espanto.

El uno estaba bebido, la sangre iba á correr ; las cosas seguían la progresión ordinaria : las peripecias se sucedían según la ley del arte dramático, cada vez más interesantes.

— ¡ Ah ! dijo el carpintero visiblemente aliviado del remordimiento contra el cual luchaba, ¿ tienes también un arma ? Yo no lo esperaba.

Y con la cabeza baja, el brazo levantado y descubriendo su pecho con la inexperiencia de la fuerza, Juan Taureau se lanzó sobre el joven del negro traje.

Pero de repente una mano extraña le asió el puño, y sacudiéndole vigorosamente le hizo saltar el compás que, al caer, quedó clavado en tierra.

El carpintero se volvió prorrumpiendo en una imprecación terrible.

Pero apenas vió al que había contenido el impulso de su ira, cuando pasando del acento de la amenaza á la entonación del respeto :

— ¡ Ah ! Mr. Salvador ! dijo, ¡ perdón ! eso es otra cosa.

— Mr. Salvador, repitió la multitud, ¡ ah ! sed bien venido ; esto iba á tener un mal desenlace.

— ¿ Mr. Salvador ? murmuraron á la vez Juan Robert, Petrus y Ludovico. ¿ Quién es este hombre ?

— Este es un nombre de buen augurio, añadió Petrus ; veamos si es digno de él quien lo lleva.

El personaje que semejante al Dios antiguo había intervenido tan milagrosamente para sustituir, según todas las probabilidades, un desenlace pacífico á una sangrienta peripecia, y que parecía hacer salido de una máquina tan imprevista como inusitada, había sido su aparición : representaba un hombre de poco más de treinta años.

Era, en efecto, en el momento en que apareció, paseando su mirada dominadora por la multitud, el dulce y varonil semblante del hombre que ha llegado á esta época de la vida en que la belleza está en toda su fuerza y la fuerza en toda su belleza.

Un instante después hubiera sido difícil, por no decir imposible, asignarle una edad.

Su frente tenía el candor y la serenidad de la juventud, cuando su vista vagaba en torno suyo benévola y curiosa; pero cuando el espectáculo que encontraban sus miradas le causaba disgusto, se fruncían sus negras cejas, y su frente, cubierta de arrugas, le daba el aspecto de la virilidad.

Así es que después de haber detenido el brazo del carpintero, haciéndole soltar el arma con que amenazaba á su adversario por la sola presión de su mano, después de haber echado una rápida ojeada sobre los tres jóvenes, á quienes consideró como hombres de mundo extraviados y conducidos á aquel lugar tal vez por un capricho, acabó de abrazar el círculo, de que no había reconocido más que la mitad: al ver al trapero extendido sobre una mesa, el traje del albañil salpicado con manchas de sangre, al carbonero pálido con su tiznada careta, y al matador de gatos con las manos en las caderas, gritando que estaba muerto, y este espectáculo que no debió sin embargo sorprenderle, imprimió en toda su fisonomía tal sello de dureza y serenidad, que hizo bajar las cabezas á los más feroces y palidecer á los más airados.

Como acabamos de poner en escena al héroe principal de nuestra historia, es necesario que nuestros lectores nos permitan hacer por él lo que hemos hecho por otros personajes algo menos importantes, describiendo su persona lo más exactamente que sea posible.

Era, según hemos dicho, hombre de poco más de treinta años.

Sus negros cabellos suaves y rizados parecían por estas causas menos largos de lo que eran en realidad; sus ojos

eran azules, dulces, lípidos, claros como el agua de un lago, y lo mismo que el agua del lago, á la cual acabamos de compararles, refleja el cielo, los ojos del joven de nombre sonoro y apacible semblante, eran el espejo en que se reflejaban los más serenos pensamientos del alma.

El óvalo de su rostro era de una pureza rafaelesca; nada alteraba su gracioso contorno; y podían recorrerse sus armoniosas líneas con esa inefable alegría que se experimenta á la vista de la suave curva que el sol naciente perfila en el horizonte en los primeros días de mayo.

La nariz era recta; la boca pequeña y fina en apariencia, pues no era posible notar exactamente su dibujo bajo el negro bigote que la sombreaba.

Su rostro, más bien mate que pálido, estaba adornado de una barba negra, y aunque poco espesa, se conocía que el afilado acero no había pasado nunca por allí: era el bozo en toda su tenuidad, la barba virgen en toda su gracia; sedosa y clara, suavizando las facciones en vez de endurecerlas.

Pero lo que había de notable en este joven era el tono blanco, el matiz de su cutis; este tono no era en efecto ni la amarillenta palidez del sabio, ni la palidez blanquizca del crapuloso, ni la palidez lívida del criminal; para dar una idea de la blancura inmaculada de este rostro, no encontraremos imagen y comparación adecuada más que en la palidez melancólica y luminosa de la luna, en los pétalos transparentes del soto blanco, en la nieve intacta que corona la frente del Himalaya.

En cuanto á su traje, consistía en una especie de paletó de terciopelo negro, que con sólo ajustarse al talle hubiera semejado un joven del siglo xv, y en un chaleco y pantalón también de terciopelo negro.

Llevaba en su cabeza una gorra de la misma tela, y cualquiera, por poco artista que fuese, se habría asombrado de no encontrar en ella la pluma de águila, de azor ó de avestruz, que hubiera convertido esta gorra en un birrete de la edad media.

Lo que daba en medio de la multitud un singular carácter de aristocracia á ese traje completado por un pañuelo de seda color púrpura anudado negligentemente alrededor del cuello, era que este traje, en vez de ser de veludillo como el de las gentes del pueblo, era de terciopelo como el vestido de una actriz ó de una duquesa.

Este traje pintoresco llamó la atención, no sólo de Juan Robert y Ludovico, sino también de Petrus: el efecto que produjo sobre este último fué tan grande, que después de haber exclamado, como hemos dicho, al oír pronunciar el nombre de Salvador: « Este es un nombre de buen augurio, veamos si es digno de él quien lo lleva, » añadió:

— ¡Qué hermoso modelo para un Rafael! ¡y de qué buen grado le daría cien francos por sesión en vez de cinco, si quisiera servirme de original!

En cuanto á Juan Robert, en su calidad de poeta dramático, buscando en todo y por todas partes efectos teatrales, lo que más le había admirado era la respetuosa acogida de que había sido objeto este joven por parte de la furiosa multitud, acogida que le trajera á la memoria el *quos ego* de Neptuno, calmando con su divino tridenté las irritadas olas del archipiélago de Sicilia.

CAPÍTULO VIII.

DONDE JUAN TAUREAU BATE DEFINITIVAMENTE EN RETIRADA
SEGUIDO POR LA MULTITUD.

Desde la entrada del misterioso extranjero saludado con el nombre de Mr. Salvador, reinaba en la sala el más profundo silencio, y apenas se oía la respiración de las treinta ó cuarenta personas que la ocupaban.

Este silencio fué interpretado por el carpintero como una vituperación tácita de su conducta; desconcertado al principio por la presencia del recién venido y por la manera con que había sido desarmado, se repuso poco á poco, y modificando cuanto le era posible los sonidos roncós de su voz:

— Mr. Salvador, dijo, dejadme explicaros...

— ¡No tienes razón! interrumpió el joven con el tono de un juez que pronuncia una sentencia.

— Pero supuesto que aseguro...

— No tienes razón, repitió el joven.

— Pero...

— ¡No tienes razón, te digo!

— ¿Cómo lo sabéis si no estabais aquí?

— ¡Tengo acaso necesidad de haber estado aquí para saber cómo han pasado las cosas?

— Pues me parece...

Salvador extendió la mano hacia Juan Robert y sus dos amigos, que se habían agrupado apoyándose los unos á los otros.

- Mira, dijo.
- Bien, ya miro, respondió Juan Taureau; ¿qué más?
- ¿Qué es lo que ves?
- Veo tres currutacos á quienes he prometido dar una buena felpa, que recibirán un día ú otro.
- Lo que ves son tres jóvenes elegantes que han cometido la ligereza de venir á un hodegón como éste, lo cual no era un motivo para provocar una cuestión.
- ¿Yo les he provocado?
- Vamos, ¿vas á decirme que ellos son los que te han provocado á ti y á tus cuatro compañeros?
- Y sin embargo, ya veis que se hallaban en estado de defenderse.
- Porque la destreza, y sobre todo el derecho, estaban de su parte. Tú crees que la fuerza lo es todo; tú que has cambiado insolentemente tu nombre de Bartolomé Lelong por el de Juan Taureau, acabas de tener la prueba de lo contrario. Quiera Dios te aproveche la lección.
- Os afirmo y sostengo que ellos son los que nos han llamado pícaros, tunos y villanos...
- ¿Y por qué os han llamado eso?
- Nos han dicho que estábamos borrachos.
- Te preguntó por qué os han dicho eso.
- Porque queríamos obligarles á que cerrasen la ventana.
- ¿Y por qué no querías que la ventana estuviese abierta?
- Porque, porque...
- ¿Por qué? ¡Vamos!
- Porque, dijo Juan Taureau, no me gustan las corrientes de aire.
- Porque estabas embriagado, como han dicho estos

señores; querías armar una disputa con el primero que se presentase, y has cogido la ocasión por los cabellos; has tenido algún disgusto en tu casa, y querías hacer pagar á quien no tiene la culpa los caprichos ó las infidelidades de la señora...

— ¡Callaos, Mr. Salvador! no pronunciéis su nombre, interrumpió vivamente el carpintero; la desgraciada causará mi muerte.

— ¡Ay! ¡ya ves que he acertado!

Después frunciendo las cejas:

Estos señores han hecho bien en abrir la ventana; el aire que se respira aquí es infecto, y como no son demasiado dos ventanas abiertas para cuarenta personas, vas á abrir inmediatamente la otra.

— ¿Yo? dijo el carpintero, ¡yo ir á abrir una ventana cuando he mandado cerrar la otra! ¡yo, Bartolomé Lelong, hijo de mi padre?

— Tú, Bartolomé Lelong, borracho y camorrista, que deshonoras el nombre de tu padre, por lo cual has hecho bien en bautizarte con otro nuevo, á ti te digo que vas á abrir esa ventana para castigarte de haber insultado á estos tres señores.

— Aun cuando el rayo amagara mi cabeza, no obedecería, dijo Bartolomé Lelong levantando su puño.

— Entonces no te conozco bajo ningún nombre, tú no eres ya para mí más que un artesano grosero é insultante, y yo te arrojo de donde estoy.

Después extendiendo la mano con un gesto de emperador:

— ¡Vete! dijo.

— ¡No me iré! replicó el carpintero sofocado de rabia.